

AMOR Y MATRIMONIO



1 Nadie ignora que el matrimonio da una clase de felicidad que no la dan ni las ciencias ni las modernas filosofías destructoras del orden establecido. El matrimonio siempre es el matrimonio. Incluso los enfermizos racionalistas, ante la evidencia del magno principio de identidad, reconocen la certeza del anterior aserto.

2 Sin embargo, lo difícil no siempre es fácil como creen algunos. Muchas jóvenes alocadas se dejan mecer por las aguas de sus sueños concupiscentes y van a buscar en el matrimonio lo que el matrimonio no tiene. Sus alocadas cabecitas se llenan de pjos de pájaros embusteros que les ofrecen el oro y el mero de la sexualidad, dentro del orden establecido, naturalmente.



3 Creen tales jóvenes que el amor es el amor pagano de los vasos griegos, y para ellas en el amor todo son caricias y pitos y flautas. Sin embargo —y cualquiera que lo haya sufrido en sus carnes lo sabe—, el matrimonio no es así. El matrimonio, como las antiguas heroicidades, es un servicio llevado con alegría, con canciones y con las renunciaciones habituales. Cupido es un empleado de Hacienda que exige lo que cree que debe exigir.



4 ¡Qué diferencia tan grande entre ese joven dios danzarín de bailes modernos y fumador de tabaco rubio, imaginado por las jovencitas inexpertas, drogadictas de fotonovelas, y el pobre y modesto empleado o productor que debe sobre llevar toda su vida envueltos ambos en aromas de detergentes y sopas sin heráldica!

5 Porque el hombre, antes que hombre es animal, como dijo acertadamente don Sigmundo. Tras ese dócil admirador de delanteros centros se esconde un monstruo devorador de cuanto se opone a sus caprichos. Pronto a ese Romeo de portal le aparecerá el rabo de sus ancestros.



6 Por eso hay tantos dramas matrimoniales. Lo que debe ser sacrificio de centinela se toma como salvoconducto para toda clase de licencias. El sagrado vínculo, ¡bien lo advierten los ministros de la divinidad!, se toma por la parte del rábano, en vez de tomarlo por la de las hojas, como mandan los cánones.



7 Aquel joven azarado que dijo «sí» con virginales desfallecimientos, pronto se transforma en el esbirro de sus propios caprichos. Lo que fue lazo de seda voluntariamente admitido se transforma pronto en cadena pesarosa.



8 Y lo que fue unión angélica se transforma en lucha de fieras. Cualquier causa baladí es motivo de feroces desavenencias. El matrimonio se convierte en un reflejo de nuestras decimonónicas y fratricidas luchas. Recibida la licencia para amar se aflojan los corsés y las buenas maneras y empieza una lucha despiadada por el poder personal dentro del hogar. Y viene lo que viene.



9 Es inútil, aunque a veces temporalmente parezca lo contrario, que los hados de la fecundidad, guiados sabiamente por el aquel de las leyes genéticas, se decidan a cambiar el eje de los problemas. Es inútil que un día aparezca un angelito de los cielos con un pan debajo del brazo.



10 Es inútil, porque hoy en día, en nuestra España de la paz y el orden, los harináceos que se los coma Rita. Un niño debe venir al mundo con una cuenta corriente de fondos ilimitados debajo del brazo. Si no es así, se merece una perdigonada de píldoras en sus nalgas rosadas y angelicales.



11 Mientras la esposa cobija en sus entrañas al niño y a su pan correspondiente, los maridos (salvo honrosas y cristianas excepciones) se convierten en feroces cocodrilos. Acaba de empezar lo que se suele llamar «el calvario de una madre».



12 Ese calvario puede durar años. El nuevo ser es, a su manera, contestatario, sensual, ególatra y con un sí es no es de sexualidad oral infantil que no acaba de satisfacer del todo las fecundas ubres maternas y sus sustitutos industriales. El amor, estupefacto, contempla atónito su obra.



13 El niño distrae los problemas, pero no los cura. El amor, realizada la fechoría, huye para otros barrios.



14 Hasta que un día, los mismos diablillos disfrazados de angelotes, que transformaron a un hombre en alhelí y a una mujer en coliflor, colocarán la lápida mortuoria sobre la fosa donde yacen los amores muertos de felicidad doméstica. Las nalgas puestas a secar en el respaldo de los sillones, las retransmisiones deportivas en directo y los coñacs calentados a mano han completado su obra.



15 El mundo, salvo las honrosas y cristianas excepciones apuntadas anteriormente, seguirá con las mismas zarandajas del amor santificado. Un lago, una luna en el horizonte, un delicado olor a axila y un mensaje genético revoltoso e impaciente harán el resto.



16 De nuevo un prudente representante de los cielos advertirá a los ingenuos que los rábanos deben tomarse por las hojas. Pero sus advertencias serán inútiles. Vendrá el pan, vendrá el hijo, se irán ambos y, otra vez, el amor colocará la losa fría sobre los cadáveres de sí mismo. Y así por los siglos de los siglos, si Dios no lo remedia.

CHUMY-CHUMEZ

FIN